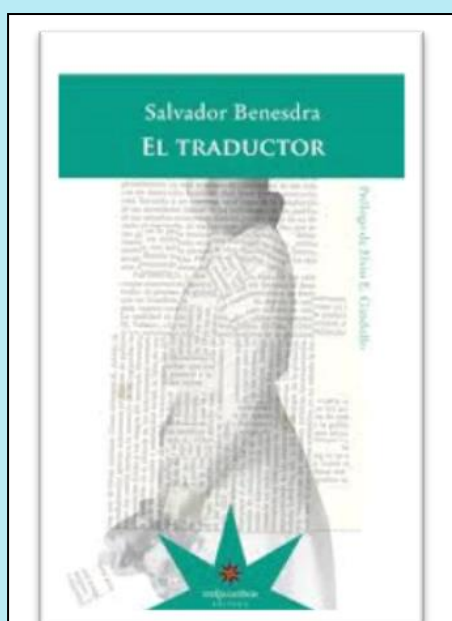




Salvador Benesdra. *El Traductor*



El Traductor.
Buenos Aires,
Eterna Cadencia,
2012
670 páginas

Salvador Benesdra nunca dejará de ser un escritor de culto. Su obra consta de apenas dos libros raros, únicos. Uno hasta hace poco inédito *El camino total. Técnicas no ingenuas de autoayuda para gente en crisis en tiempos de cambio*, especie extraña de manual autoayuda editado en 2012, y el otro publicado originalmente por Ediciones de la Flor en 1996, *El traductor*, novela monumental aparecida algunos meses después del suicidio de su autor. La corta vida de Benesdra (nació en 1952) estuvo marcada por una temprana facilidad para el manejo de los idiomas, militancias de izquierda durante su juventud, encierro y revueltas en una clínica mental en París y posteriormente colaboraciones con el entonces incipiente *Página/12*. Combinación de genialidad, excentricidad, lucidez y locura, su gran legado no es ni más ni menos que las casi setecientas páginas de *El traductor*, reeditada por Eterna Cadencia también en el 2012. Habiendo recibido en los noventa una atención moderada,

menos por la calidad de su contenido como por la sorpresa de tratarse de una novela póstuma de un escritor ignoto, la lectura presente, actualizada por el inevitable paso de los años, permite no solo ajustar cuentas con el pasado, sino redescubrir el inmenso valor de una de las novelas argentinas más poderosas de las últimas décadas.

El protagonista de *El traductor* es Ricardo Zevi, un hombre de casi cuarenta años, antiguo militante trotskista y actual traductor de Turba, editorial dedicada a publicar autores y obras clave del pensamiento de izquierda. Una tarde de verano, en un bar del centro, Zevi se propone conquistar a la ingenua Romina, una adventista proveniente de Salta que reparte panfletos para difundir el credo de su Iglesia. Lo que en un principio no pasa de ser un encuentro sexual frustrante y desapasionado, en el que Zevi comprueba la aparente frigididad de Romina, no tardará en convertirse en un desafío erótico por alcanzar el goce del orgasmo femenino, una obsesión recurrente y enfermiza para Zevi quien, forzado por la necesidad de terminar de encontrar la forma carnal del amor, habrá de destruir todas sus reservas y límites morales. En sintonía con la crisis de su vida íntima, las oficinas de Turba devienen en otro campo de batalla en el que el despido de Barnes, el lector de planta, pone en jaque las tibias convicciones del personal y sus autoridades. Ascensos fugaces, premios y castigos, asambleas inmotivadas, estrategias de resistencia titubeantes, la figura ausente del dueño de Turba, Gaitanes, constituyen un espacio de tensión y debate contradictorio al que Zevi describe como un lugar en el que «de las puertas para adentro todo es más bien la copia de lo que dicen criticar». Con dos mundos desgarrados entre manos, Zevi se ve obligado a tomar drásticas medidas, las cuales no serán sino el detonante de una larga escalada de perjuicios y transformaciones impensadas.

La novela podría llevar por título *El narrador*; Zevi es una implacable máquina narrativa que no pierde detalle de prácticamente nada de lo que ocurre a su alrededor. Cada hecho produce algún tipo de análisis riguroso, potenciales indicios de un nuevo movimiento a realizar en el tablero de acciones urgentes. La dinámica sindical, el planteo de estrategias para el avance, se traduce a su vez en el vínculo con Romina, una lucha permanente por alcanzar los objetivos programados. «Romina se había puesto a mirar por el ventanal. Yo estaba intrigado sideralmente por lo que ella pudiera hacer. Sentía que se le había escapado la verdad que yo había estado sospechando periódicamente sobre lo que en el fondo ella pensaba de mí. Y esa verdad desentonaba tanto con lo que había sido nuestra comunicación explícita mutua a lo largo de toda la relación que no lograba imaginarme qué jugada iba a hacer ahora». Las descripciones de este estilo abundan, y si bien puede entenderse como una falencia de la novela, su interpretación debe someterse a la personalidad de su protagonista, a su necesidad voraz de no perder la más mínima señal de ventaja en lo que respecta al campo amoroso o sindical. La dura mirada de Zevi, que alterna excepcionales

momentos de cinismo y desánimo, puede ser comparada con la del Erdosain arltiano, en tanto que se trata de dos personajes cuya existencia coquetea con las propiedades del mal, aunque siempre con las miras dirigidas hacia una improbable oportunidad de redención. La caminata crucial de Zevi por Capital, su visita a los barrios bajos y el imaginario de «trozos de prostitución» que menciona, sirve como referencias ineludibles a la estética del mapa urbano-marginal del autor de *Los siete locos*.

El primer sintagma del capítulo uno, contundente, anticipa el carácter de la novela: «Me dije que tal vez era cierto después de todo que las ideologías están muertas». Conferirle a Zevi la voz narradora es establecer la importancia del contraste entre dos épocas, es marcar una distancia entre el no tan viejo romanticismo revolucionario y el escepticismo pragmático que demanda el presente de la novela. «Para mí era la imagen andante del postmodernismo escéptico de todos los que estaban de vuelta de todas las pasiones políticas, ideológicas y literarias, sin haber hecho jamás el viaje de ida». El prefijo -post- es el más adecuado para medir la franja temporal que propone *El traductor*: postsocialismo, postidealismo, postrevolución, postjuventud, postmodernismo. Lo que queda es el detritus, un tiempo indefinido en el que mirar hacia atrás, evocar la gloria setentista, es signo de caducidad, de un compromiso que no puede refrendarse de la misma manera en la Argentina de los años noventa. Y es que, además de la fachada de Turba, que con sus jerarquías asimiladas y su falso sentido progresista funciona como una sinécdoque de esta posición, distintos hitos intentan dar cuenta de un sistema de ideas y nociones de conocimiento puestas en crisis e incapaces de ser recuperadas. Benesdra compone determinadas secuencias que mezclan el patetismo con la nostalgia, desde un lacrimógeno Zevi viendo absorto por televisión el final de la Unión de Repúblicas Soviéticas, pasando por la simbólica caída del muro de Berlín hasta llegar a sus múltiples soliloquios, reflexiones frías acerca de las distintas contradicciones de los regímenes socialistas del pasado siglo. En medio del caos de los ideales disueltos, se encuentra uno de los últimos autores que Turba le encarga traducir a Zevi, el alemán Brockner, pensador racista y conservador que ofrece explicaciones y teorías alternativas a las tradicionales posturas de izquierda.

La tentación de leer *El traductor* como una autobiografía velada es grande. Sin embargo, igualmente erróneo sería plantearla como una autoficción, un mero ejercicio de proyección de ideas en forma de personajes controvertidos. El aparato discursivo construido por Benesdra se aparta de los anecdóticos, diarios íntimos o collages de crónicas que no sin forzamientos se convierten en novelas más o menos largas. El texto cobra intensidad y se distingue porque configura una unidad total, excedida, gigantesca, que posee diálogos y frases memorables. Esta cualidad no es obvia, sino que es sutil y compleja al mismo tiempo. Cada diálogo mantenido por Zevi y Romina puede tomarse como una escena incisiva y precisa, como muestras de humor, ironía, crueldad, amor o

sentimentalismo: por fuera de la lucidez con la que postula los diagnósticos de una época, el mayor acierto de Benesdra es el de confeccionar situaciones sugestivas, ciertamente exageradas aunque no por ello inverosímiles o pretenciosas. Porque esta es una novela que practica un realismo libre de adjetivos, diferente y particular en lo que concierne a las concepciones que posteriormente se le fueron adjudicando al género. Las categorías se anulan si se piensa en el desarrollo del personaje de Romina, la adventista que, bajo las reiteradas presiones y amenazas de su pareja para vencer la frigidez, cambia las plegarias y rezos nocturnos dedicados al otorgamiento de un orgasmo («Sacate algo de la cabeza: Jesús no es un afrodisíaco» le responde Zevi al enterarse de los ruegos nocturnos) por el trabajo de prostituta profesional. No hay utopismo ni espera en el universo de *El traductor*; la realización y el compromiso son pactados nada más que con la inmediatez del presente.

Novela de crisis, entonces, la lectura es la del que ya está *de vuelta*. Zevi es el personaje que conjura las pasiones no exhaustas, sino caducas, una encarnación diferente para los años noventa, una visión abierta que sostiene que la política, y en consecuencia el debate político, se desenvuelve a contramano del mito de los «izquierdistas» (tal y como él los denomina) como una superación de los rígidos márgenes de las estructuras patriarcales políticas de antaño. Pero más allá de canalizar la transición de un proceso histórico a otro, Zevi funciona como un traductor tan de avanzada que, catapultado por la confusa amplitud de su mirada, sin verdades ni soluciones a corto plazo, termina perdido en un torbellino de lucidez, locura y paranoia. La imagen recuerda a la versión de aquél que desafía a la bestia del siglo veinte en el famoso poema de Ossip Mandelstam («Siglo mío bestia mía ¿quién sabrá/ hundir los ojos en tus pupilas/ y pegar con su sangre/ las vertebras de las dos épocas?»), un sujeto escindido entre aquellos extremos, tratando de adaptarse a las temporalidades simultáneas en las que el pasaje entre ambas lo sitúa.

Clarividencia de la fuerza del relato: leer una época y traducirla para la generación siguiente, escribir hoy lo que será entendido mañana. La reedición de *El traductor*, dieciséis años después de su publicación original, enfatiza su naturaleza superlativa y ambivalente. Se trata de un curioso doble gesto: prever las costumbres de un tiempo futuro y reconocer que la novela habla acerca de un presente que solo podría ser comprendido a la distancia, una vez que la sucesión de fenómenos consumados fuera cognoscible para la Historia. Ya lo dice Zevi hacia el final de la novela, «por la marcha del mundo» con el correr de los años los hechos narrados se habrán de volver «más comprensibles y menos novelescos». Eterna Cadencia (que en este 2013 acaba de reeditar también *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza, otro célebre inhallable de aquella década) cumple la premisa cronológica, acercando al público la posibilidad de

leer una de las novelas que, junto a *Vivir afuera* de Fogwill, mejor se encargó de diseccionar y representar los noventa argentinos.

Ezequiel Barbosa Vera